

“México, retos y oportunidades”

Luis María Marina

Desde que en la época colonial fuera bautizado como la Nueva España, México ocupa en el imaginario occidental el lugar de Utopía, esto es, un lugar lleno de oportunidades, una promesa de futuro. Así lo vio, a comienzos del siglo XIX, el naturalista alemán Alexander von Humboldt, quien tras recorrer toda la América hispana, vino a afirmar que el de la Nueva España era, de los cuatro virreinos, el que mayores potencialidades ofrecía, una auténtica cornucopia de riquezas en la que se acumulaban variados recursos naturales, todos los climas (y, por tanto, todas las posibles cosechas), una envidiable situación geográfica con salida a dos océanos, la enorme profundidad de su historia y la relativa estabilidad de sus estructuras sociales.

Sin embargo, esas soberbias potencialidades han coexistido siempre (desde la época precolombina hasta el México contemporáneo pasando por el virreinato), con enormes desigualdades sociales, con una realidad de pobreza que desmiente aquella imagen utópica. Una realidad de exclusión que no es, en absoluto, ajena al substrato de violencia que acompaña a la historia de México en los siglos XIX y XX. La realidad del México independiente es la de un *crescendo* de violencia que desemboca en la vorágine de la Revolución, que entre 1910 y mediados de los veinte cuenta casi un millón de muertos. Y que, pese a todas las esperanzas de igualdad social y redistribución de la tierra, se resuelve en un régimen, el de la Revolución Institucionalizada, “lampedusiano”, que todo lo cambia para que todo siga igual y que, en lo esencial, consagra el *status quo ante* hasta nuestros días.

Así pues, el México contemporáneo continúa siendo una promesa de oportunidades en el mundo globalizado (importantes reservas de petróleo; una situación geoestratégica privilegiada gracias a la vecindad del mercado norteamericano y su lugar central en los flujos de comercio globales; una relativa seguridad jurídica —cuando comparada con el resto de América Latina—; acuerdos comerciales con los principales actores económicos —EE.UU., UE, Pacífico—); pero, también continúa presentando retos estructurales muy profundos (la violencia enquistada; la debilidad de las estructuras estatales en muchas partes del país, que han permitido la penetración de las redes de delincuencia organizada; la incapacidad de reducir sustancialmente las bolsas de pobreza, en particular en las zonas indígenas del país). Como siempre, México solo se entiende hoy como encrucijada. Ninguna de las realidades (las enormes riquezas y las enormes desigualdades) se impone a la otra. Ambas forman un binomio indisoluble para quien quiere entender México.